

LA INICIACION DE RODO *

Hace treinta años, en 5 de mayo de 1895, nació en Montevideo una revista destinada a vivir fugazmente y a dejar estampadas como señales de su precario tránsito, las huellas de los primeros vacilantes pasos de una nueva generación literaria. Duró la "Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales" dos años y medio. Durante este tiempo las horas de paz en Montevideo no son sino treguas en un largo duelo; la guerra civil riega de sangre todos los ámbitos de la campaña; en la ciudad el desquicio administrativo y político cobra proporciones de saqueo. La política es imán de todas las energías espirituales. Toda vocación intelectual converge fatalmente hacia la tribuna parlamentaria o la prensa de combate. La generación del Ateneo ha dado ciudadanos descollantes en la vida pública; la preocupación política absorbente ha inmolado las vocaciones que parecieron orientarse en sus comienzos hacia obras de más desinteresada cultura. Sobre el escritor prevalece, con tiránico imperio, el ciudadano. La pluma no es cincel, sino arma de pelea. La generación que se levanta, algunos de cuyos espíritus representativos alborean en las páginas de la "Revista Nacional", trae consigo más hombres de letras, otras inquietudes y motivos de meditación. Llenan las páginas de aquella publicación, apuntes y balbuceos de estudiantes; junto a ellos lucen las primi-

* *La Nación*. Buenos Aires, domingo 7 de junio de 1925.

cias de algunos escritores nuevos. María Eugenia Vaz Ferreira aparece absorta en el encantamiento melodioso del ruiseñor becqueriano; Guzmán Papini y Zas se muestra deslumbrado por la opulencia de colores y la luminosa palpitación del astro meridional de Salvador Rueda; el bachiller Carlos Vaz Ferreira ve comentados sus primeros ensayos de psicología; Carlos Martínez Vigil analiza temas gramaticales y Daniel, su hermano, esboza un ademán tribunicio y ensaya el epigrama; comenta lecturas Eduardo Ferreira; José Irureta Goyena, invocando la ley de selección, pregona con intrepidez paradójica la legitimidad del suicidio; Julio Piquet, Juan Andrés Ramírez, Juan Antonio Zubillaga, Manuel Bernárdez, Rafael Gallinal, Arturo Jiménez Pastor, Luis Alberto de Herrera, José Espalter, cultivan el verso, el cuento, el ensayo jurídico o sociológico, la crítica... Víctor Pérez Petit, quien junto con Rodó y los hermanos Martínez Vigil formaba el grupo de redactores y sostenedores de la revista, en la que derrochó los frutos de su espíritu infatigable, ha narrado las vicisitudes de aquella empresa en su libro "Rodó", interesante fuente de anécdotas sobre el escritor que tiene, sin embargo, demasiado de autobiografía. De los materiales que a costa de tantas andanzas y penurias acopiaron los redactores de la revista, pocos resisten hoy la lectura, y, mucho menos, el análisis. Desde la primera hora los artículos de José Enrique Rodó despertaron el interés de la crítica española y americana. Estos artículos iniciales de Rodó dan aún hoy alto valor a la colección de la revista, que gozó de cierta boga, tuvo colaboradores en varios países de América y propagó en nuestro ambiente algunas ondas derivadas de las escuelas literarias que prevalecían en el momento.

Apenas había José Enrique Rodó escrito algunos tímidos ensayos, frutos agraces de su vocación literaria, antes de colaborar en la fundación de la revista. Un periódico juvenil, "Los Primeros Albores", un proyecto de fundación de una academia o sociedad literaria, germen de la revista, son los antecedentes exhumados por Víctor Pérez Petit. Era, pues, un nombre totalmente desconocido el que en el número primero luce al final de su artículo sobre "Dolores" la recopilación lírica de Balart, celebradísimo crítico y poeta, al que hoy antepone otros escritores entonces preferidos y oscuros. Loa Rodó en Balart la intimidad y gracia del sentimiento, emergente bajo la perfección y diafanidad de la forma. Los tenues rayos de misticismo, de religiosidad, que rielan sobre las ondas de aquel manso raudal poético, seméjanle indicios "de una tendencia de reacción espiritual e idealista — en el sentido más amplio e indeterminado — que sólo se manifiesta por la vaga ansiedad, por la medrosa indecisión de quien investiga horizontes y tienta rumbos, brillando trémula y apenas confesada en ciertas almas descontentas de lo presente como el toque de un reflejo crepuscular". Para realzar la parte original de la obra, escorza el progreso de la lírica española del siglo XIX, mostrando su pobreza en cuanto a la expresión subjetiva y sentimental. Entreteje con los elogios, las reservas. Convencido del poder docente del arte alza "sobre la poesía, que es contemplación y recogimiento, la poesía que es acción". Disgústale la aridez ideológica y sentimental del lirismo español de la hora; pero no es tampoco secuaz fervoroso de las tendencias que germinan en América y que hoy calificamos vagamente con el común denominador de "modernis-

mo". Rinde tributo a los valores consagrados bajo los pendones de la usada poesía y a muchos de los que aclaman e imponen los innovadores, pero aguarda y avizora una renovación más entrañable y profunda que presiente cercana.

Comentando en posteriores ensayos la crítica de Clarín, a cuya autoridad magistral se ampara muchas veces, señala como claro signo de superioridad en ella "la ansiedad de cosas nuevas". Más de una afinidad ideológica, no de temperamento, lo acerca a Clarín, el más europeo de los críticos españoles de entonces, cuyos ensayos de la última época, particularmente, aportan un sentido de modernidad a las letras peninsulares. La prédica de Clarín, escritor insatisfecho, ávido de horizontes abiertos, coincide con algunas de las ideas que obran ya como activos fermentos en el espíritu de Rodó, y propicia, sin duda, esta labor germinal: así, cuando defiende contra los ataques del utilitarismo la cultura clásica y desinteresada, o recuerda el sentido antiguo del ocio contemplativo, o explora combatiendo a Valera, los rumbos modernísimos de la novela. Rodó, siempre tan mesurado y ecuánime, no tiene afinidades con el crítico militante, recio fustigador de mediocres y pedantes, pero sí con el escritor en cuya obra vibra una nueva emoción intelectual, el que se adelanta a recoger enseñanzas de maestros que él venerará también, habla de iluminar el credo positivista con un resplandor de idealidad, pacta alianzas entre el sentimiento pagano y el sentimiento cristiano de la vida, y sueña con un restaurado cristianismo imaginado en la visión final de "Apolo en Pafos", en la que Pablo de Tarso, a la espalda el zurrón mendicante, se lanza a predicar otra vez la

buena nueva por los senderos de las islas jónicas. En esta etapa de su carrera, Rodó sufre la influencia de los escritores españoles contemporáneos; siempre fue su cultura preferentemente española y francesa; hasta entonces lo es casi exclusivamente. Indica complacido las señales de renovación que vislumbra en la literatura española, sea en la obra de Clarín o en la ingente del gran crítico e historiador de los "Heterodoxos", orientado cada día más claramente hacia la tolerancia y la cultura total, sea en la novela, el género más vivo y lozano, henchido por Galdós de sustancia humana eterna, bañado por Pereda en las fuentes limpias de la realidad, estremecido por recónditas inquietudes morales en las creaciones de Palacio Valdés.

Su actitud frente al modernismo, que, en pleno período de asalto, reñía en América ruidosas batallas, está definida en páginas tornasoladas de matices. Crítico ecléctico, mesurado y finamente reflexivo, Rodó no se alista en las legiones que irrumpen en son de algarada. Escuda contra las veleidades iconoclastas de los nuevos, la realeza de los maestros en ocaso y contra la terca incompreensión de los mentores consagrados, las tiernas primicias del arte en formación: "el ministerio de la crítica no comprende tareas de mayor belleza moral que las de ayudar a la ascensión del talento real que se levanta y mantener la veneración por el grande espíritu que declina". Realza con fervor las obras de las que irradia la hermosura de la forma, ora los poemas de Núñez de Arce, epígonos de la poesía civil que resonó en el bronce de las odas de Quintana, ora las orfebrerías modernistas de Leopoldo Díaz. Procura apartar con serena ecuanimidad las obras que traen promesas de perduración, de las desti-

nadas a rodar pronto, revueltas en el turbión de secas hojas que tapizan las rutas. Un trazo sinuoso y sutil marca su línea de separación con las nuevas escuelas. Preludiando su famoso ensayo futuro, reconoce ya a Rubén Darío el regio atributo de la irresponsabilidad, pero pide para la charlatanería de los discípulos, severas sanciones de la crítica. Odia al elogio irrestricto, al énfasis plebeyo de los semicultos que se agotan en estridencias ditirámicas. En la gárrula literatura del momento oye sonar confundidos "el canto de las aves y el vocear de las ocas". (Por cierto que su sentido de discernimiento no es infalible, y toma por melódico canto la vocinglería de ave de corral de Vargas Vila...). "Veo en la ausencia de sentido humano, duradero, profundo, el peligro inminente con que se ha de luchar en el rumbo marcado por nuestra actual orientación literaria. Al modernismo americano lo matará la falta de vida psíquica. Se piensa poco en él; se siente poco." La renovación literaria a que asiste parece legítima y bienhechora como prólogo de otra más profunda y vital que aguarda y anhela.

Tal es el primer gesto de su reflexiva y soñadora adolescencia: un gesto de espera, de expectación; el brazo en alto y la mirada al horizonte de quien señala la llegada de las golondrinas anunciadoras de la primavera inminente.